

## Cuadernos Laprida

6 de Marzo de 2003, todavía “la bestia” no ataco, el río Tejo calmo entra en el mar ajeno al desastre, intervienen todos para pararla, el Papa, los boyscout, la sociedad de martilleros públicos, pero yo ya se que será inútil “ella atacará” y de allí en más comenzará la cuenta regresiva, yo estoy con una paranoia que no cabe en la cancha de Boca, pero, a pesar de todo continuare con estos relatos de mi recuerdo... ¡permiso!

Esa mañana, como todas la mañanas salimos del conventillo con mi hermano hacia el colegio, no habíamos caminado diez metros y en la esquina de Arcos y Vedia, havia un grupo de mujeres gesticulando, cuando nos acercamos para ver lo que pasaba ¿Qué pasaba? Resulta que en la tal esquina vivía una familia con dos hermanos, uno de ellos llamado Tato, menor que nosotros y estaba en medio de las mujeres llorando, lloraba y además tenia la cara totalmente hinchada, como se hubiese tragado una pelota de fútbol nº 5 “la criolla” (que fue la primera pelota sin tiento que se vendía en casa Testay). Claro, pobre pibe, tenia los dientes todos podridos, la madre, una mujer bajita, histérica y con un par de anteojos “culo de botella” y un nombre totalmente singular: Delchisa Petrini, esta cuando llegamos nosotros estaba gritando al chico: - “Desgraciado ¿así vas a ir a la escuela? Ya repetiste 3º dos veces, ya repetiste, me vas hacer venir loca.” El pibe lloraba mirando hacia arriba donde estaban los ojos de las “arañas” (de todos los grupos étnicos existentes, hijas de tanos, gallegos, turcos), cada una decía algo o hacia un “diagnostico” o aconsejaba como por ejemplo “!Hágale buche con sal gruesa!” “No, decía la otra, con alcohol fino”, “Para mi, decía la otra, lo mejor son buches con kerosene, ¡pero tenga cuidado que no lo trague!”. En esos tiempos además de los grupos étnicos que nombre y que formaba la comunidad porteña, empezaron a caer gente de las provincias: correntinos, chaqueños, catamarqueños, toda gente del “interior” (nunca entendí porque le decían del interior se venían al “interior”, que era Buenos Aires), al que los porteños le llamaban “cabecitas negras”, no se, pero tiempo después me di cuenta que cierto tipo de porteño viajaba en el colectivo 60 pero ellos estaban segurísimos que lo hacían en la berlina de la reina Victoria. Entre el grupo de mujeres había una catamarqueña que vivía en mi conventillo, cuyo marido, Don Toledo era policía, la mujer, con mucha timidez, pues cualquier palpito o receta de cocina que dieran esta gente los miraban como si se la hubiesen dado un negro de la Costa de Marfil: -“Despulpe señora, pero en Catamarca, cuando a un changuito se le hinchaba la cara así, agarrábamos un sapo y se lo poníamos de panza contra la hinchazón, luego con una servilleta grande se la pasábamos de bajo del mentón, se aprieta el sapo contra la cara y luego se atan las puntas de la servilleta arriba de la cabeza, y al otro día ¡Santo remedio!”. Las mujeres se miraban unas a otras como dudando, no sabían para donde agarrar ante semejante receta, quien decidió la situación fuimos nosotros, los pibes que íbamos para la escuela, que ya se habían juntado barrios al grupo de “especialistas” que trataban de la hinchazón del pobre párvulo. - “!Nosotros sabemos adonde hay sapos!”, gritamos al unísono. Claro, mientras se buscaba el sapo y todo “el circo”, tendríamos justificativo para llegar tarde a la escuela. Largamos las carteras, salimos corriendo a buscar el sapo y el echo ya estaba consumado. Encontrar el sapo no fue difícil ya que sabíamos adonde estaba el batracio, hallamos uno bien gordo que lo traía un pibe agarrado con las puntas de los dedos y de una de las patas traseras, esto hacia que el bicho se retorciera amenazadoramente. Cuando llegamos y el Tato lo vio puso una cara que nunca más en la vida la volví a ver, miento, otra vez la vi, cuando un tío mío se saco el gordo de navidad pero lo havia escondido tan bien el billete que no lo encontró nunca, solo muchos años después cuando mi abuelo, el tano, se compro un sombrero nuevo y el viejo nos lo regaló a nosotros y tratando de hacer de dicho

sombrero uno de pirata para el próximo carnaval, al sacarle la cinta que rodea la copa hallamos el billete, pero ya era tarde. El pibe empezó a patalear, a gritar, pero entre todas las arañas lo sujetaron, le plantaron el sapo, otra le puso la servilleta y le ato las puntas en la cabeza, del costado de la servilleta aparecían las patas del sapo que al tratar de salir de semejante aventura las movía sin cesar, casi rozándole la boca. Las dos puntas de la servilleta sobre la cabeza parecían dos orejas de conejo y así la madre, la señora Delchiza, lo mando para la escuela, al pibe se le fue la hinchazón, pero quedo tartamudo. Nosotros nos fuimos después del bario, muchos años después, en San Pablo, me encontré con uno de los chicos aquellos y fue una gran alegría, nos fuimos almorzar juntos y como el se quedo en el bario hasta grande, le empecé a preguntar por los amigos de la infancia ¿Y el Quiya? ¿Y el Piojo? ¿Y los Bujía? ¿Y el Sambo (que era el hermano del Tato)? –“Con el Sambo, me dijo, hicimos un cuadro de básquet muy bueno, pero al hermano, el Tato le fue mal. Seguía “tarta” y no “daba pie con bola”, hasta que a los 17 años los viejos le consiguieron un laburo en Obras Sanitarias de la Nación. –“Haber como te portas, le dijo la madre, que no todos consiguen un trabajo así, a los 65 años te jubilas (faltaban como 50).” – “Al principio, dijo mi amigo, mientras mojaba el pan en el huevo frito, anduvo bien, después no se sabe porque empezó a levantarse tarde y claro, llegaba tarde al trabajo, la madre comenzó con la filipica ¡Te van echar, si seguís llegando tarde te van echar, ay que castigo!, Y estas cosas que dicen las arañas como si ellas no tuvieran nada que ver con la situación. El hermano del Tato empezó a observar que este compraba cuadernos Rivadavia de 100 hojas y cuando volvía del trabajo se encerraba en su pieza y se ponía a escribir hasta la madrugada, claro, después a la mañana no se podía levantar. Compraba cuadernos y más cuadernos y los guardaba en un armario con llave, al cabo de algún tiempo lo echaron. Fue un drama, pero como siempre estas arañas sienten que tienen que ser abnegadas porque si no defraudarían a todas las estatuas de la madre que hay en todas las plazas de ciudades y pueblos del país, entonces con unos ahorritos que tenían con el padre le pusieron, al lado de la casa un quiosco de cigarrillos, ¿pero que pasó? Este, de noche seguía escribiendo en los cuadernos Rivadavia y seguía levantándose tarde. Luego por la mañana se sentaba en el cordón de la vereda y se fumaba todos, pero todos los fasos del quiosco, alguno que iba comprar cigarro se lo servía solo y le dejaba la plata arriba del vidrio como es natural, a los cuatro o cinco años le agarro la “papa”, cáncer en el pulmón.” Mi amigo se había terminado de “manducar” su milanesa con tres huevos fritos, se limpio la boca y se mando otro vaso de vino. –“ ¿Y, le digo yo, que pasó?” –“ Nada, me dice, yo estaba con la Delchisa en el hospital, cuando el ya estaba en las ultimas, la madre de un lado y yo del otro de la cama, daba lástima, era una calavera, me dijo, los ojos llenos de tristeza y de espanto como el día en que vio el sapo, me miro a mi, después giro la cabeza lentamente, la miro a la madre y con mucho esfuerzo le agarro la mano. Ella lloraba y el Tato con un hilo de voz le dijo : \_ “Perdóname, Mamita, y se murió” Después de todo el circo del velorio y la Chacarita, el hermano y yo con un destornillador abrimos el armario donde guardaba todos los cuadernos Rivadavia pero para nosotros todo esto era una incógnita, por que una vez que tuvo que hacer una composición sobre la primavera en la escuela tardo como una semana y no la terminó, de pronto ‘clac’ se abrió el armario, mi amigo me dijo que eran cientos de cuadernos, abrimos uno ¿imagínate lo que había dentro? ¡!Rayas, rayas e más rayas!! Cada renglón una raya, de margen a margen. Abrimos otro cuaderno y lo mismo, cien hojas de rayas todas prolijas de punta a punta. Al otro día paso el botellero y la Delchisa le vendió todos los cuadernos.